

GEORGES-LOUIS LECLERC, CONDE DE BUFFON

El arte de escribir

PARA ESCRIBIR BIEN es necesario que la llama del corazón se una a la luz del ingenio. El alma, al recibir simultáneamente estos dos impulsos, no puede sino encauzarse gustosa hacia el tema en cuestión: lo alcanza, lo apresa, lo ciñe y no es sino hasta que ha disfrutado totalmente de él que está en posibilidades de hacer que otros también lo disfruten mediante la expresión de los pensamientos. Para trazar estos pensamientos la mano no tendrá más que obedecer al alma y, entonces, todo lector atento será capaz de compartir los mismos deleites espirituales que experimenta el escritor. Si los temas son simples el escritor no necesita más que del arte de la pintura, si son complejos requiere también del arte de la combinación, es decir, el arte de pensar de manera ordenada, de reflexionar con paciencia, de comparar con justicia a fin de reunir todas las ideas dispersas y formar con ellas una cadena continua que ofrezca a la inteligencia, una a una, todas las facetas del objeto.

Según los diferentes temas, la manera de escribir también ha de ser diferente. Incluso para aquellos temas que parecen los más simples el estilo –sin perder nunca el carácter de la sencillez– no debe ser nunca el mismo. Un gran escritor jamás tiene un solo sello; en realidad, la plasmación del mismo sello en producciones que por naturaleza deben ser diferentes acusa una falta de genialidad; nada revela de manera más evidente la pobreza del ingenio que el empleo de un estilo prestado, ajeno al asunto en discusión; el asunto debe por sí mismo dictar el estilo. Es manía común de nuestros autores jóvenes añadir muestras de ingenio por doquier: no se dan cuenta de que esas agudezas –a menos que provengan del fondo del mismo tema– no hacen sino arruinar la escritura, y es que cuando se trata de flores, sembrar mal equivale a plantar abrojos. Si

tuvieran más talento, estos autores encontrarían en el mismo tema todas las agudezas que necesitan; si acaso formaran su gusto a partir de los buenos modelos, no sólo rechazarían sutilezas ajenas al tema sino que jamás se les ocurriría buscarlas. Ese mismo buen gusto los llevaría a evitar toda expresión oscura, frases que resultan inapropiadas en asuntos que, para ser bien presentados, sólo basta con pintarlos tal cual. Los temas son como un objeto del que basta pintar la imagen con un trazo fiel y con los colores que vayan a tono.

Ahora bien, pintar y describir son actividades muy diferentes: esta última no exige más que ojos, la primera requiere, además, genialidad. Aunque ambas tienden hacia el mismo objetivo, no pueden ir de la mano. La descripción presenta sucesiva y fríamente todas las partes del objeto, entre más detallada sea menor efecto tiene. La pintura, por el contrario, ya que al inicio no toma del objeto más que sus rasgos más destacados, captura la huella de él y le confiere nueva vida. Para describir bien sólo basta observar con frialdad y precisión pero para pintar bien es necesario emplear todos los sentidos. Ver, oír, palpar, oler son propiedades que el escritor debe ejercer, con ellas debe percibir sensaciones y luego plasmarlas eficazmente, debe manejar la delicadeza de los colores con el vigor del pincel, matizarlos, condensarlos, fundirlos, debe formar, pues, un conjunto vivo del cual la descripción sólo podría captar partes aisladas y muertas.

¿Es posible –me replicarán– dibujar con frases, colorear con palabras? Sí; lo que es más, si el escritor tiene talento, gusto y tacto, su estilo, sus oraciones y sus palabras tendrán un efecto superior al que producen el pincel y los colores del pintor. Considérense las impresiones que experimenta un aficionado cuando mira un hermoso cuadro: entre más

